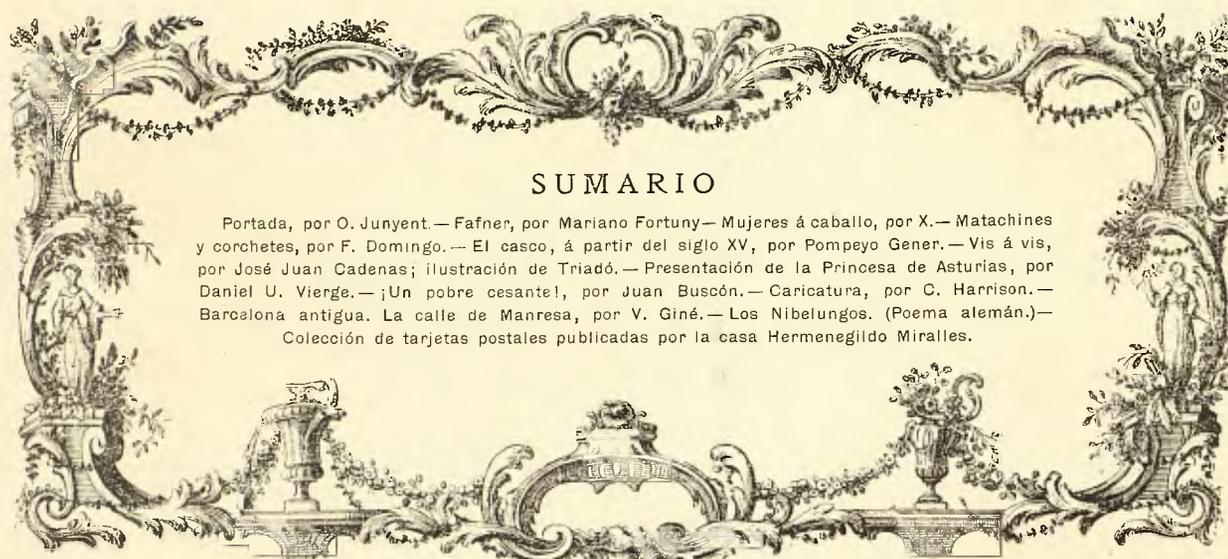


# ASIRANIA



C. Junyent



## SUMARIO

Portada, por O. Junyent.—Fafner, por Mariano Fortuny.—Mujeres á caballo, por X.—Matachines y corchetes, por F. Domingo.—El casco, á partir del siglo XV, por Pompeyo Gener.—Vis á vis, por José Juan Cadenas; ilustración de Triadó.—Presentación de la Princesa de Asturias, por Daniel U. Vierge.—¡Un pobre cesante!, por Juan Buscón.—Caricatura, por C. Harrison.—Barcelona antigua. La calle de Manresa, por V. Giné.—Los Nibelungos. (Poema alemán).— Colección de tarjetas postales publicadas por la casa Hermenegildo Miralles.



MARIANO FORTUNY.—FAFNER



# MUJERES A CABALLO

(Á MI AMIGA ISABEL)

## CONSIDERACIONES GENERALES

En otro tiempo, la mujer jinete era la excepción. En nuestros días, casi todas montan á caballo y—lo que es más — montan bien.

Las mujeres montan á caballo por muchas razones.

1.º Algunas por placer. Éstas, las más raras, experimentan un verdadero júbilo al sentirse llevadas en rápida carrera ó mecidas por la tan grata monotonía del paso moderado.

Ven que á caballo se respira mejor, que el aire parece más vivo y que no hay ejercicio que pueda compararse al de la equitación. Montan por montar y no por hacerse admirar, y el pasar en un hermoso día galopando por las solitarias campiñas, lejos de las miradas de todos, les agrada más que un paseo por las calles de la ciudad ó por los parques y alamedas más concurridos.

La mujer que monta por placer cambia de buen grado de cabalgadura. Sin preocuparse por saber si el caballo sobre el que va sentada la «hace lucir», sólo piensa en hacer lucir su caballo. Poco le ha de importar que se diga: «Encontré esta mañana á la señora X sobre un caballo que le sienta admirablemente, y estaba más linda que de ordinario.» Pero será dichosa, se volverá loca de alegría, sí, viéndola pasar, exclama el picador: «Yo no sé como se las arregla la señora X... pero ese jamelgo parece alguna cosa cuando ella está encima.»

Le agrada montar sola

ó al menos con personas con las que no se crea obligada á guardar etiquetas.

Conversa con gusto si lleva un mal caballo ó simplemente un caballo incómodo; pero cuando lleva uno bueno, disfruta, y esto sólo le basta.

Le agrada saltar, pero solamente los obstáculos naturales, y al mismo tiempo que suele ser dura y severa con el caballo que resiste á la caza, encuentra en su corazón tesoros de indulgencia para aquel que se azora ante el obstáculo artificial. Detesta á los compañeros que no saben montar, que la empujan contra los árboles ó hacia la acera, rozan sus piernas con las rodillas al impulso del galope ó se adelantan medio metro, distancia insuficiente para ser una prueba de mala educación, pero bastante para que haga un mal papel el caballo que ella monta.

Signo particular:

La mujer que monta por placer posee casi siempre una salud envidiable.

2.º Otras montan por «chic». Éstas se preocupan únicamente de la gallardía de su caballo, de la forma de su sombrero, de su amazona y de la hora en que el paseo está más frecuentado por los caballeros linajudos. ¡Desgraciadísimas á caballo! Pero es preciso montar todos los días y dejarse ver en el paseo, de diez á doce. Montan mal, mas saben ser idealmente bonitas, elegantes y al mismo tiempo





graciosas. Todo esto por «pose», sin convicción alguna, del mismo modo que bañan, van á la misa de buen tono ó se hacen retratar por el pintor de moda. Sienten un irresistible temor al entregarse á este ejercicio, comenzado por ellas demasiado tarde para que puedan salir adelante.

Las mujeres que montan por «chic», poseen generalmente caballos soberbios y más malos que hermosos. Tienen un perro elegante, un «groom» irreprochable y guapos amigos. Un jinete desgarrado basta para echar á perder una escolta.

Las que montan «por reclamo» tienen un mérito que se mide por la arrogancia de sus caballos y la distinción de su aspecto. Montan casi siempre mal y sin entusiasmo. Con más gusto se irían al bazar ó á recorrer las tiendas de lencería. No permiten á nadie, á no ser archimillonario, que las escolte. La amazona, el sombrero, las bridas, el «stick», todo es en ella de una corrección muy estudiada. El caballo, muy bello, es casi forzosamente un rocín, porque las amazonas-reclamos montan casi siempre mal y sólo saben sostenerse sobre caballos de madera.

Llegan al paseo á las once, la hora del gentío, y se marchan á las doce menos cuarto.

4.º Las mujeres que montan por motivos de salud. Estas son en gran número. Montan para enflaquecer; para engordar; para rejuvenecerse; para tener apetito; porque se les ha asegurado que eso evita tener hijos; para combatir los insomnios. Pensando tan sólo en su negocio, corren sin parar la mayor parte del tiempo, atropellando á todo el mundo. Para ellas el caballo no existe más que como medicamento, y el día en que hayan adelgazado, engordado, comido ó dormido bien, dejarán con júbilo de entregarse á un ejercicio que no es á sus ojos más que un censo. Entre tanto, concienzudamente, todas las mañanas, *pilent leur poivre*, de nueve á doce. Y excusado es decir que al fin y la postre, todas obtienen un resultado contrario al que se proponían.

5.º Las que montan por espíritu de imitación. Estas casi siempre lo hacen bien, porque á la idea fija de imitar á la amiga íntima, la compañera del teatro ó la camarada del convento, se junta la idea, más fija aún, de sobrepujarla.

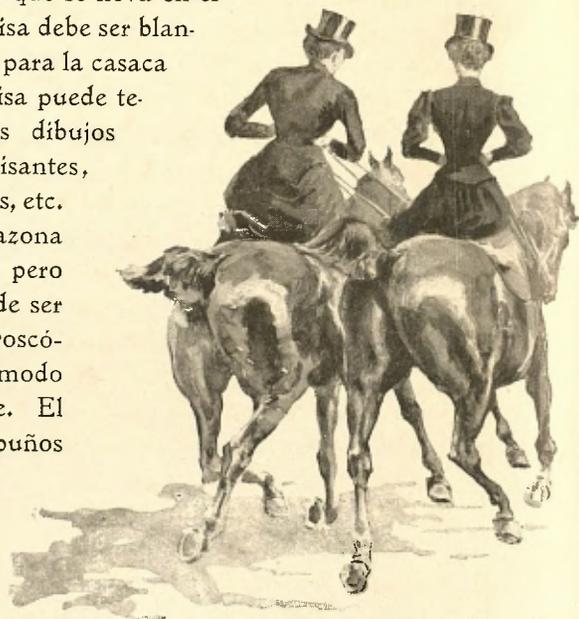
Juana ó Lucía tiene una amazona de Freed...; es preciso, por lo tanto, poseer otra traída expresa-

mente de Londres. Tiene Simona un «cob» de pies de elefante; ella ruega á su esposo que le haga traer uno que vieron en Dublín y que parece, de los pies á la cabeza, un hipopótomo. Fulanita monta con una silla microscópica; ella montará sin silla de ninguna clase, y así sucesivamente. Variedad de amazona muy ingeniosa. Todos los días se procura iniciar una moda ó inaugurar un sistema que dan el golpe de gracia al sistema ó la moda iniciadas por la vecina.

Las mujeres que montan por espíritu de imitación, suelen ser muy vistosas y decorativas.

## EL TRAJE

El verdadero «chic» para montar á caballo, consiste en llevar una camisa de hombre con cuello ligeramente doblado. Con la amazona correcta, negra, azul ó verde, que se lleva en el paseo, la camisa debe ser blanca y también para la casaca roja. La camisa puede tener pequeños dibujos en color—guisantes, tréboles, rayas, etc.—con la amazona de fantasía; pero el dibujo ha de ser siempre microscópico; de otro modo sería horrible. El cuello y los puños deben ser duros como madera; el resto muy flexible.



Los calzones, abiertos á los lados, deben llevarse de paño blanco, bien anchos en la parte del muslo y muy cerrados en la rodilla por botoncitos de nácar. En el tercer ojal un pequeño lazo en paño parecido al del calzón, llegando justo á lo alto de la bota.

La faja es tal vez algo menos «chic» que el calzón, pero mucho más práctica y más bonita. Hay que llevarla de seda en invierno, de hilo muy fino en verano, y siempre de color gris perla. No aventurarse, sobre todo, en matices de fantasía. El amarillento, pizarra, azul-telegrama, almáciga, guisante machacado, bronce, etc., sería de un efecto horrible. Huir, sobre todo, del color carne Ofelia. Si la falda se levanta un poco, la ilusión es completa, con gran alegría de los *amateurs* y gran escándalo de las personas formales.

Esta faja se debe hacer reforzada en la parte de atrás y con hebillas á la derecha. No hace falta que sea muy estrecha, pero debe colocarse con cuidado y sin hacer un sólo pliegue.

Nada de corset, á ser posible. Es preferible pasarse sin él. Nada más que un pequeño ajustador de seda, bien apretado, para arreglar los pliegues de la camisa y sujetar el calzón y la faja.

Si hay que usar corset, éste debe ser flojo y muy corto á fin de no cortar la cadera. En Suecia blanca, atado al descuido, sin apretar y sin guarniciones de encaje en la parte de arriba, para que nada se marque bajo la amazona. El corset muy adornado hace siempre dibujar una raya en la espalda, y á caballo, más que de otro modo, es esencial el estar correcto.

La bota debe ser de piel de vaca, con lustre ó mate, pero de caña flexible; es la antigua bota á la «ecuyère», plegándose bien á lo largo de la pierna. Tacón inglés muy bajo. Algunas señoras usan la bota «Chantilly», y esto es de mal gusto.

La bota «Chantilly», que es la única elegante y práctica para los hombres, no sienta muy bien á la mujer, y esto por dos razones: la primera, porque deforma el tobillo y lo vuelve pesado. La segunda, porque, al trotar, la falda se introduce en esta caña dura y cae desagradablemente sobre la rodilla. La bota será muy ancha del cuello del pie. Casi es preciso que se pueda quitar con sólo sacudir el pie.

La espuela debe ser corta, de acero, níquel ó plata; la punta suficientemente aguda para picar bien al caballo. La espuela no debe ser una joya ni un adorno, sino realmente una ayuda para el jinete. Se sujeta con una pequeña correa de cuero charolado y muy flexible.

La corbata «al plastrón», de batista blanca ó con pequeños dibujos imperceptibles. El alfiler es muy sencillo: diente de ciervo, garra de tigre, escudo de Santiago, ó moneda de oro de cinco francos. Mejor que nada, una perla, pero nunca un alfiler que tenga la apariencia de una joya.

Sombrero negro de seda, de copa alta ó de fieltro gris, igualmente de copa alta. Si se quiere ser correcto, se deben proscribir los sombreros de fantasía, al menos para los sitios frecuentados por la buena sociedad. En el campo se lleva lo que se quiere. El sombrero de copa debe ser bastante alto, de alas redondas; nada de alas planas. No se debe abusar de la cinta negra ó azul alrededor del sombrero gris. Por lo demás, el único adorno que sienta bien es el velillo de gasa gris, negra ó azul, rodeando el sombrero.

El pequeño «melón», el marino de paja y el tírolés se llevan en el campo; pero hay

que prescindir del fieltro empenachado, grato á Walter Scott y á las señoritas románticas, y el «Camparilla» llevado por las mujeres que sueñan con el tipo del siglo XVIII. Tan ridículo es el uno como el otro.

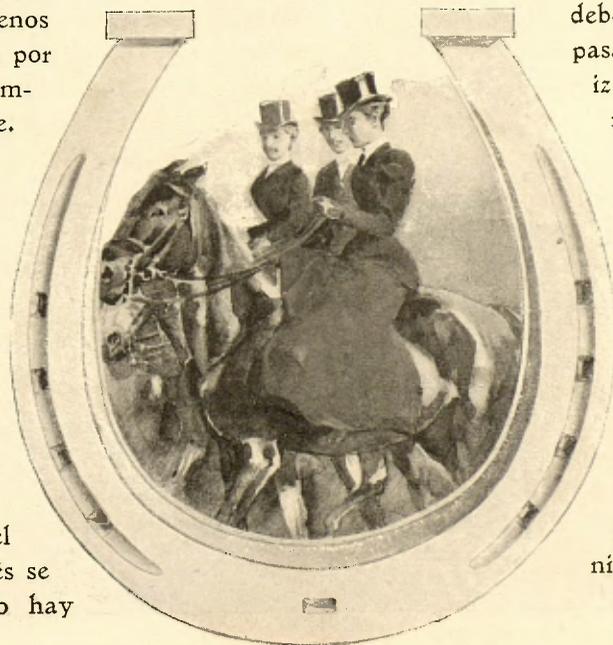
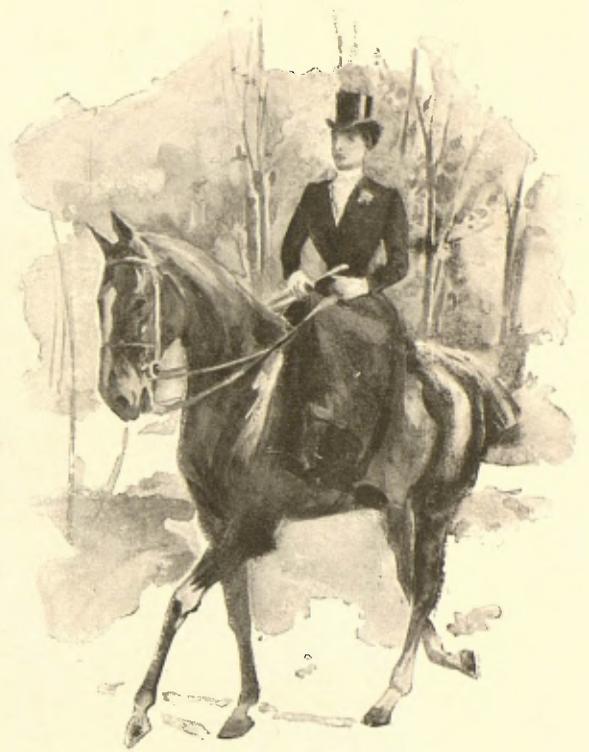
Para montar á caballo, se llevan los cabellos lisos ó rizados, aplastados en forma que hagan la cabeza pequeña. Nada más feo que una cabeza gorda. Se puede también rizar el

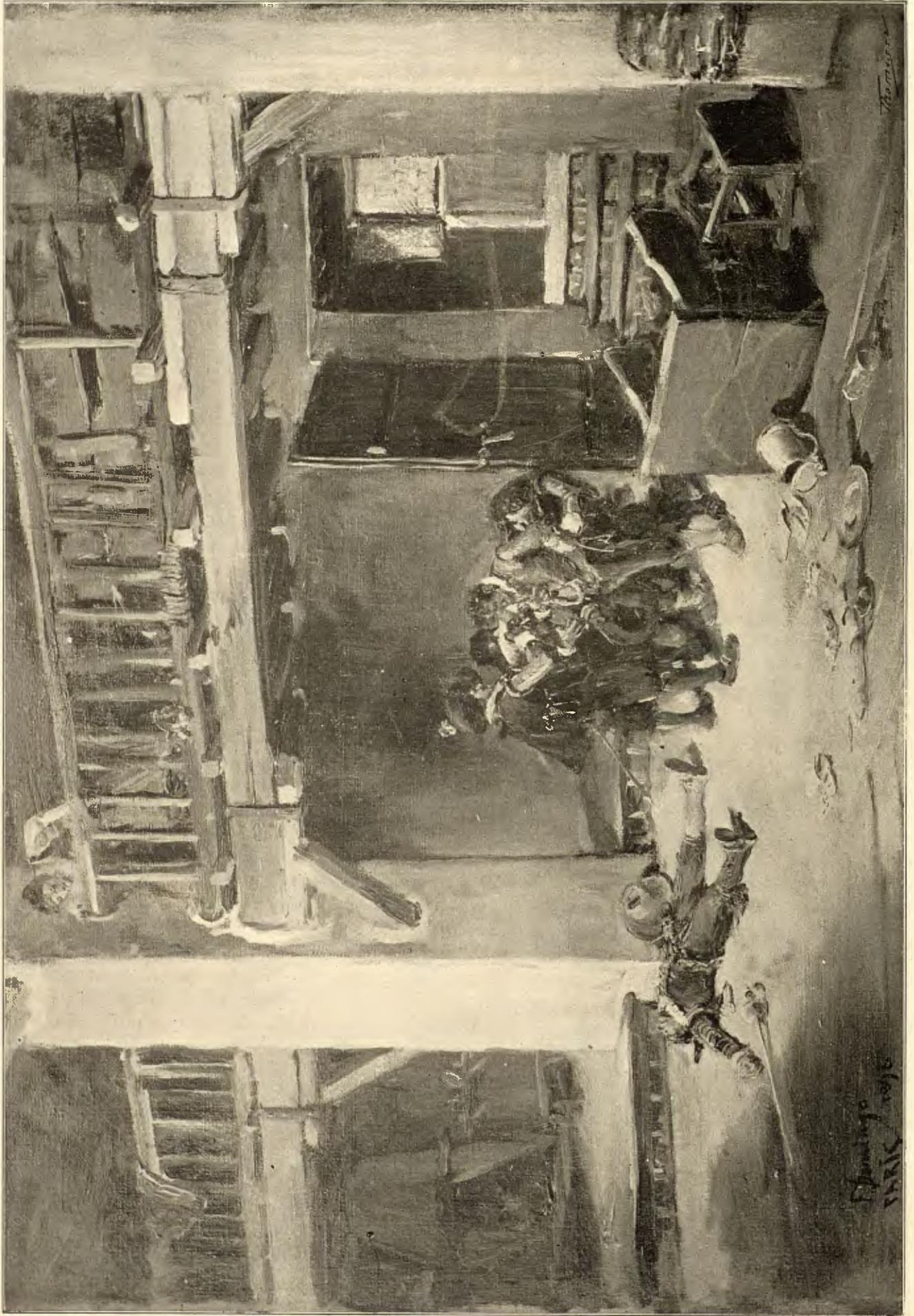
cabello, levantarlo dejando libre la nuca y aprisionarlo bajo el sombrero. Con este sistema no hay necesidad de orquillas de concha ni de peine. Esto sólo basta, salvo en el caso en que se perdiere el sombrero.

En el campo se pueden atar los cabellos en forma de rabo, con un lazo de tafetán grueso, azul, verde ó gris, en consonancia con el color de la amazona. Los guantes, de piel de gamo, blancos ó amarillos, pero nunca, de ningún modo, de piel de perro. Esto es vulgar é incómodo y pone las manos como palas de lavandera. El guante debe ser muy ancho de los dedos, muy flexible y, sobre todo, muy largo, á fin de dejar la mano tan libre como si estuviese desnuda.

La amazona, en Paris y en las grandes capitales, debe ser negra, azul oscuro ó verde. Los dos últimos colores han de ser tan oscuros que no se distinguan más que al sol. La falda, de paño recio, muy corta y del todo recta, no debe, cuando se está en pie, pasar del tobillo por el lado izquierdo. Por el derecho es mucho más larga á causa de la forma de la silla y se levanta por medio de un botón cuando se está en pie. El corset, todo liso, sea en forma de cola de bacalao, corto sobre la cadera y terminando por delante en punta, sea redondo y corto ó largo formando redingote. Nada de adornos, ni terciopelos, ni alomares, ni botones de fantasía.

X.





F. DOMINGO.—MATACHINES Y CORCHETES



Celadas con barbote, del siglo XV

Pico de águila ó de gorrión

Almete Maximiliano

Fines del siglo XV

## EL CASCO, á partir del siglo XV

El casco, en sus diversas formas de la Edad Media, de yelmo, celada, bacinete y sombrero de armas, al aproximarse el Renacimiento se transforma según las necesidades del nuevo armamento y de la nueva táctica de guerra.

El yelmo, con sus piezas postizas, se achica, y ya no se lleva con otro casco ó capacete debajo. Sólo un gorro embutido de estopa, media entre su timbre y la cabeza del guerrero. Su forma asemeja ya más á la de la cabeza, siguiendo en su parte superior su curva. Y curvándose ligeramente en la nuca, viene á apoyarse sobre lo alto de la gorguera, que aun es postiza. Por la parte de delante tiene dos ó tres piezas. Una ó dos, como las de las celadas, sirven para cubrir la parte de la cara hasta la boca, y tiene una hendidura transversal, á nivel de los ojos, para mirar, y algunos agujeros para facilitar la respiración. Estas partes son móviles y se levantan hacia arriba. La pieza inferior, es el barbote que ya está articulado con el casco, y también es movable, ya sea en una pieza, ya partido por el medio en dos, y abriéndose hacia ambos lados como dos puertas. Así este casco ya contiene y protege completamente la cabeza del guerrero y viene á ser un resumen del yelmo y de la celada con barbote.

El caballero que lo usa, ya no se protege la cabeza con capacete alguno, como hemos dicho, ni con el capuchón de mallas. Derivan estos cascos directamente del *pico de puercu*, y aun recuerdan algo su forma por lo puntiagudo de su visera, y se les da el nombre de *pico de águila*, según termine dicha visera de un modo más ó menos agudo. En la parte superior

del timbre hay una quilla, un poco pronunciada, que va de la frente hasta la nuca y sirve para proteger la cabeza de cualquier tajo ó mandoble.

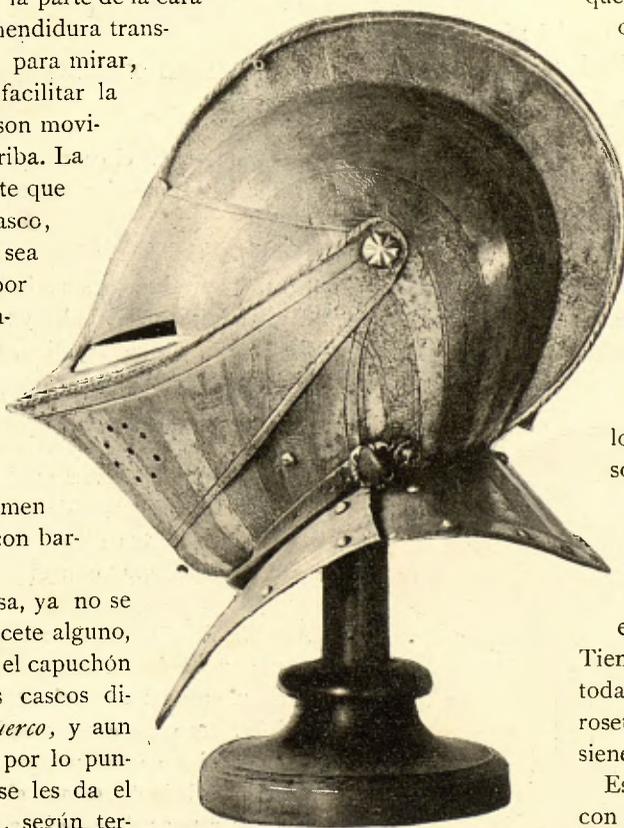
Acostumbran á forjarse estos cascos de paredes ya muy resistentes, y de acero duro templado, para poder resistir una bala de arcabuz, que eran de plomo natural. Antes de entregarlos, los probaban, y los hay, lo mismo que las corazas, que en el punto donde tocó la bala se hacia alrededor de la marca que había dejado, un rosetón decorativo, ya fuese grabado, ya incrustado en oro ó plata.

Al terminar la cresta ó quilla, en la parte de la nuca, se colocaba un canutillo, ó un escudete que servía para sujetar el penacho que lo adornaba.

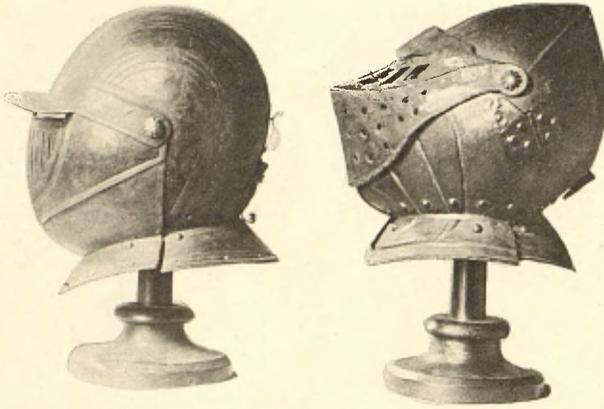
Este casco pronto se transforma en almete, á fines del siglo xv.

Redondéase más, siguiendo mejor la configuración de la cabeza. La cresta se levanta, y á veces se festonea, ó toma la forma de una cuerda, (como en las armaduras milanesas, llamadas Maximilianas). La visera toma una forma menos puntiaguda, no teniendo que defenderse tanto de los botes de lanza. Sus hendiduras son por lo regular longitudinales, asemejándolas á una reja. Á veces coexisten las longitudinales con la transversal, y los agujeros, que á veces toman la forma de estrellas, de flores de lis, etc., etc. Tienen frecuentemente nerviaciones, y todas sus piezas vienen á unirse á un rosetón que las sujeta á la altura de las sienes, permitiéndoles el movimiento.

Estos cascos ya no están engolados, con la gola ó golilla, sino que llevan gola propia que se sujeta encima de los hombros, bajando por detrás en forma



Almete incrustado de oro  
Siglo XVI



Almetes franceses de la primera mitad del siglo XVII

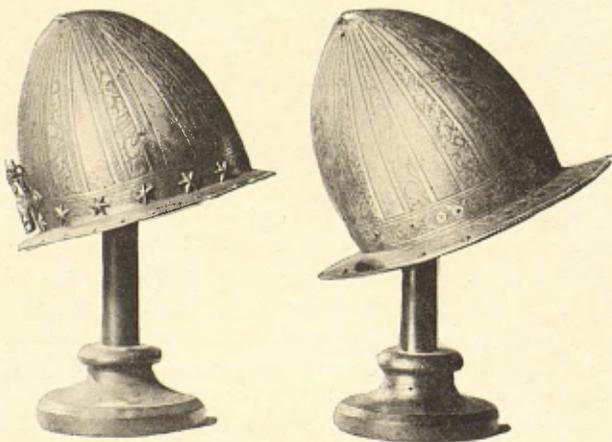
de cogotera y delante hasta el primer tercio del pecho.

Primero están hechas estas golas sin articulación alguna y se ajustan sobre la coraza, pero, gracias á lo sucedido en el duelo entre Bayardo y Hernán Pérez del Pulgar, en que éste fué muerto por aquél, por haberle introducido la punta de la espada entre la falda de la gola del casco y la coraza, en el momento de levantar el mandoble, ya los cascos tienen articulada esta falda ó gola, y dispuesta de manera que la coraza pueda ir encima, con su grueso reborde protector. Así el caballero está libre de ser degollado.

Estos cascos tapados, ya perfeccionados así, se llaman *almetes*, en español, y *armets* en francés y en catalán, y se usan con la armadura entera, y sólo alguna vez con media armadura, pero de esas en que únicamente faltan las piezas que van de las rodillas hasta los pies, siendo substituídas por las botas, y los guanteletes substituídos por los guantes.

El Almete es usado hasta mediados del 1600, es decir, hasta fines del reinado de Luis XIII, en Francia, y de Felipe IV, en España, usándolo los altos personajes ya sólo como pieza de ceremonia, en ciertas fiestas reales, y militares, con la armadura, hasta fines del siglo XVII. Pero es de advertir que casi nunca se lo ponían en la cabeza, por impedírsele la peluca, haciéndoselo llevar por un paje, encima de un cojín de terciopelo.

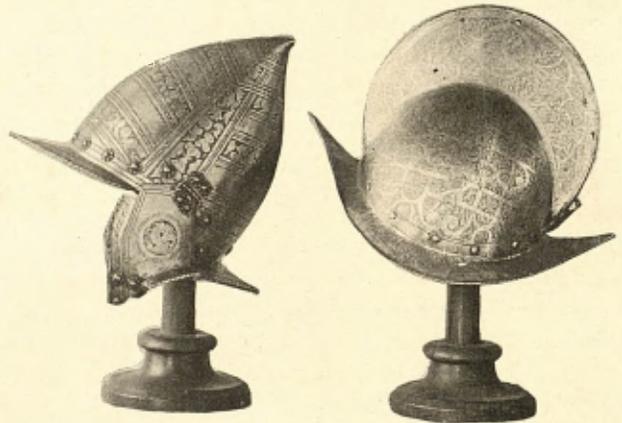
El Capacete, ó mejor dicho, el Sombrero de armas, evoluciona á su vez. Primero, se le achican las alas hasta llegar á un simple reborde de un dedo y la parte que cubre



Capacetes de infantería en tiempo de Felipe II

la cabeza se alza en forma de almendra. Así se usa, con un gorro dentro, en España y en algún punto de Italia en tiempos de Felipe II. En Alemania, Suecia, Suiza, Polonia, etc., surge otro casco llamado *papenhimer*. Es un casquete hemisférico con nerviaduras rayadas. Tiene una gran cogotera articulada, unas carrilleras movibles, una visera plana y un nasal móvil sujeto con tornillo. Este casco es el que usa durante todo el siglo XVI la caballería de toda la Europa central. Acostumbra á estar pavonado.

En Francia, en Italia y luego en España, surge otro parecido pero más artístico. Es el llamado *Borgoñota*. Tiene visera como la de los gorros modernos, carrilleras y cogotera, pero su timbre es más gracioso, terminando con una cresta, con una cimera, ó en punta de almendra. Además todo él, bajo la influencia del Renacimiento, está modelado sobre el casco griego antiguo, imitando especialmente el llamado Casco Beocio. Luego es decorado con dibujos grabados ó incrustados, y lleva una ó



Borgoñota italiana del siglo XVI

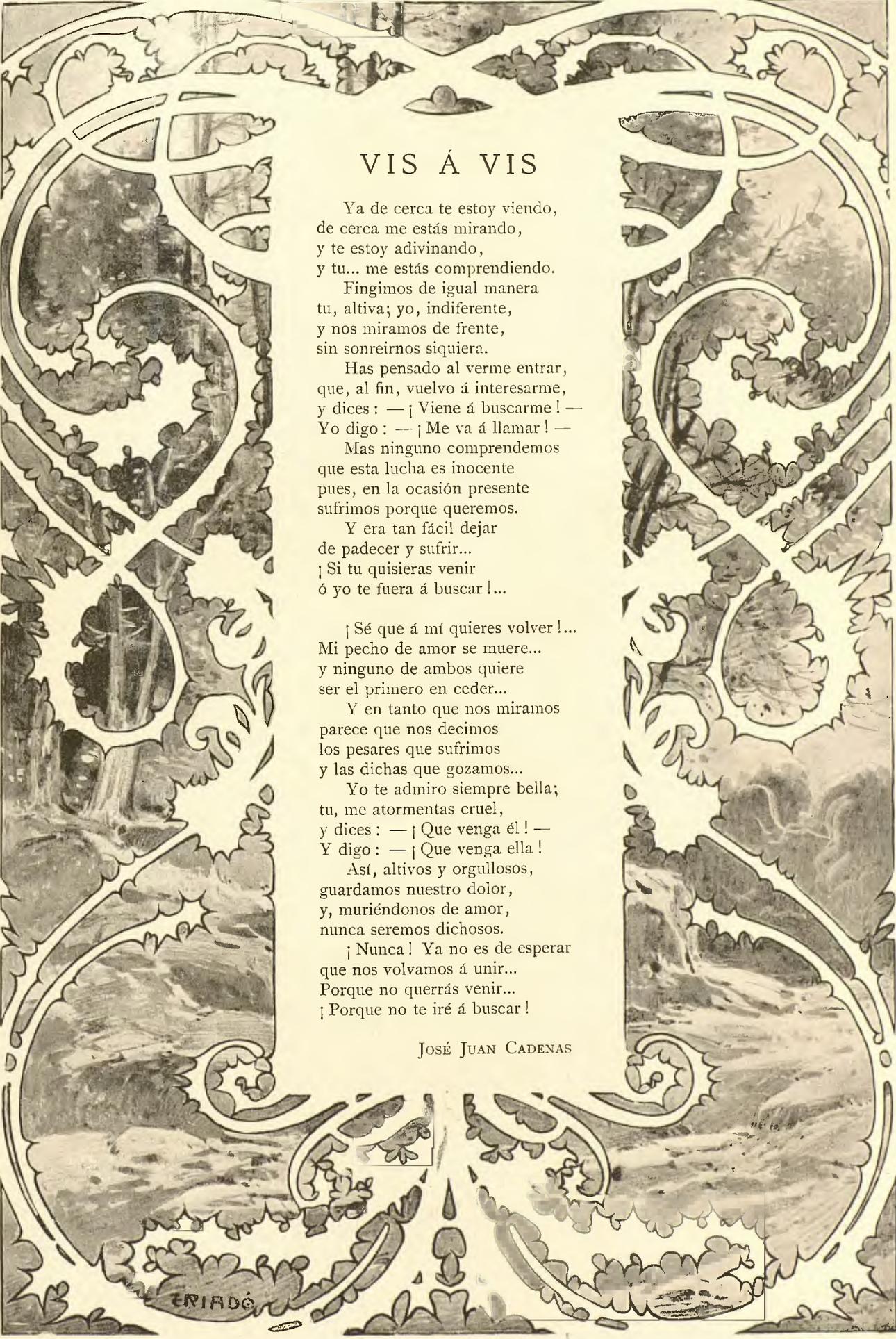
Morrión hugonote de fines del XVI y principios del XVII

varias plumas. Es el casco que llevan los caballeros con la media armadura durante todo el siglo XVI y hasta mediados del XVII.

Por fin el Sombrero de armas sufre una transformación directa. Su timbre pronuncia la sutura central que le divide en dos mitades iguales y se levanta en forma de alta cresta. Sus alas se abarquillan, bajándose y estrechándose por los lados, y levántanse en punta por detrás y por delante. Este casco, llamado Morrión, ó casco hugonote, úsase en general por toda la infantería europea, desde mediados del siglo XVI á mediados del XVII, y es ya la última forma del casco de acero usado por los infantes. Casi siempre se usa sólo con una gola de acero, y sin coraza ni armadura, con el simple colete de ante ó de gamuza.

Á partir de aquí ya el casco es más un objeto decorativo que una defensa, escepto en algunos cuerpos de caballería y, en algunas naciones, que los ingenieros siguen usándolo, pero toma pronto formas que son lejanos recuerdos de los cascos griegos y romanos, y se llena de aplicaciones de latón, crines, cimera postizas, etc., viniendo á tener, á poca diferencia, el aspecto que hoy día tiene en las diversas naciones europeas.

POMPEYO GENER



## VIS Á VIS

Ya de cerca te estoy viendo,  
de cerca me estás mirando,  
y te estoy adivinando,  
y tu... me estás comprendiendo.

Fingimos de igual manera  
tu, altiva; yo, indiferente,  
y nos miramos de frente,  
sin sonreírnos siquiera.

Has pensado al verme entrar,  
que, al fin, vuelvo á interesarme,  
y dices: — ¡ Viene á buscarme ! —  
Yo digo: — ¡ Me va á llamar ! —

Mas ninguno comprendemos  
que esta lucha es inocente  
pues, en la ocasión presente  
sufrimos porque queremos.

Y era tan fácil dejar  
de padecer y sufrir...  
¡ Si tu quisieras venir  
ó yo te fuera á buscar !...

¡ Sé que á mí quieres volver !...  
Mi pecho de amor se muere...  
y ninguno de ambos quiere  
ser el primero en ceder...

Y en tanto que nos miramos  
parece que nos decimos  
los pesares que sufrimos  
y las dichas que gozamos...

Yo te admiro siempre bella;  
tu, me atormentas cruel,  
y dices: — ¡ Que venga él ! —  
Y digo: — ¡ Que venga ella !

Así, altivos y orgullosos,  
guardamos nuestro dolor,  
y, muriéndonos de amor,  
nunca seremos dichosos.

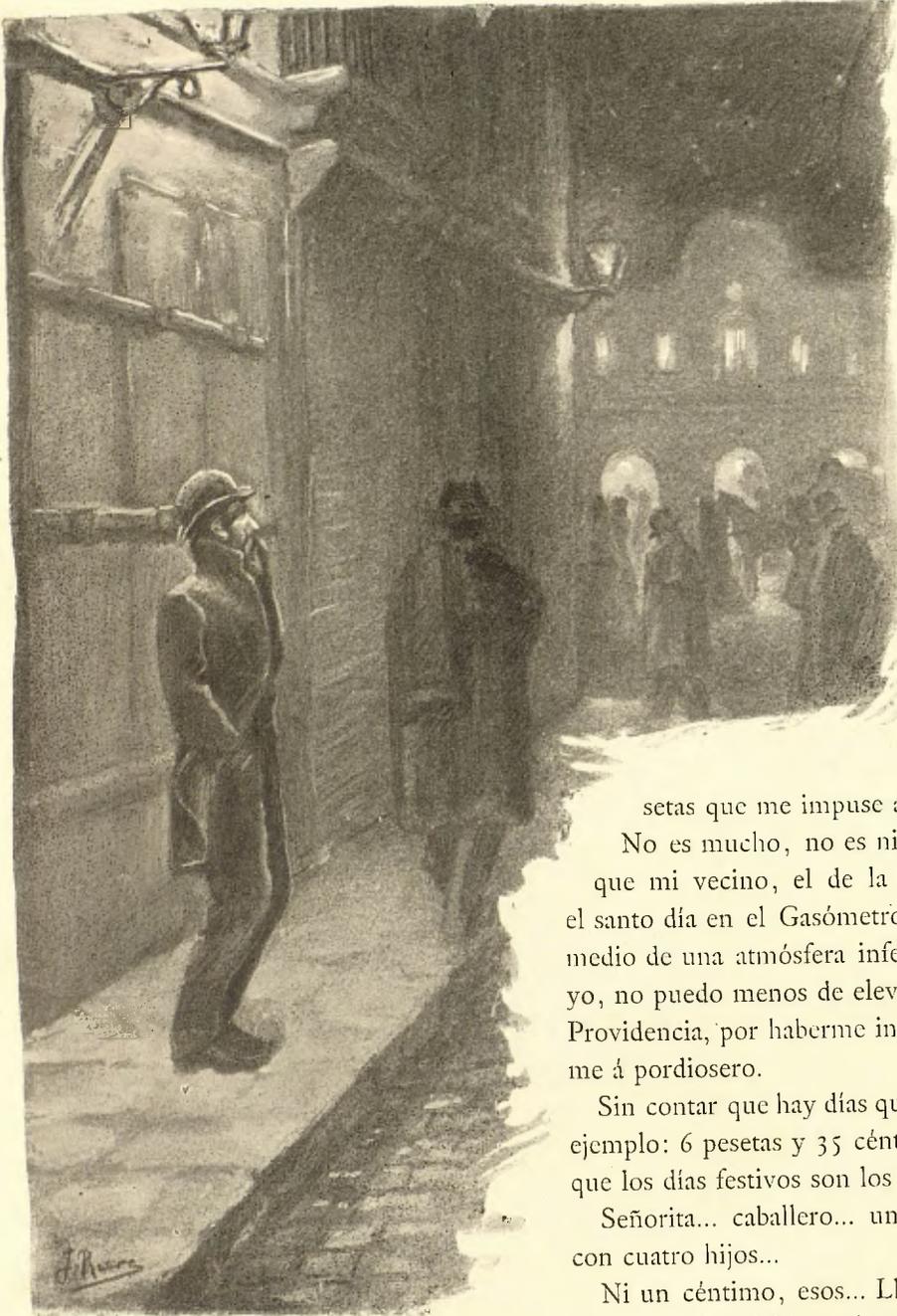
¡ Nunca ! Ya no es de esperar  
que nos volvamos á unir...  
Porque no querrás venir...  
¡ Porque no te iré á buscar !

JOSÉ JUAN CADENAS

ERIRDO



DANIEL U. VIERGE.—PRESENTACIÓN DE LA PRINCESA DE ASTURIAS



## ¡Un Pobre Cesante!

MONÓLOGO

(Una acera cualquiera, de cualquier calle, de cualquier ciudad. Sobre la acera, moviéndose en una longitud de quince á veinte pasos, un pobre diablo, vestido con cierta decencia: levitín raído, sombrerito hongo, botas en estado regular. Lleva las manos en el bolsillo pero saca la diestra y con ella se descubre cada vez que pasa un transeunte).

Caballero... una limosna por amor de Dios, á este pobre cesante con dos hijos...

¡Recóreholis!... ¡y qué noche más perra! Si no anduviera bien abrigadito por dentro, no me escapaba de una de esas pulmonías de P. P. y W. que están tan en boga.

¿Qué hora da?... ¡Hola! las once ya... Y no pasa un alma. Lo comprendo: si mi profesión no me obli-

gara á ello, también me estaría yo á estas horas en casita, junto á la lumbre, al lado de mi Quiteria. Pero cuando uno abraza una carrera tiene que apechugar con todas las incomodidades inherentes. Y al fin y al cabo la mendicidad profesional, tal como yo la cultivo, no deja de ofrecer, á cambio de sus inconvenientes, sólidas ventajas.

¡Atención! ahí viene un tipo que se trae una cara compasiva. Señorito ¡por el amor de Dios!... un pobre cesante... con tres hijos... Que Dios se lo pague.

Diez centimitos más. Con otros cincuenta que caigan, habré completado las tres pe-

setas que me impuse al salir de casa á las 3 de la tarde.

No es mucho, no es ningún Potosí, pero cuando pienso que mi vecino, el de la derecha, tiene que pasarse todo el santo día en el Gasómetro trabajando como un perro, en medio de una atmósfera infernal, para ganarse lo mismo que yo, no puedo menos de elevar ferviente himno de gracias á la Providencia, por haberme inspirado la idea salvadora de meterme á pordiosero.

Sin contar que hay días que me saco doble jornal. Ayer, por ejemplo: 6 pesetas y 35 céntimos. Verdad que era domingo y que los días festivos son los más laborables para mí.

Señorita... caballero... una limosna para un pobre cesante con cuatro hijos...

Ni un céntimo, esos... Llevan demasiada prisa. No me admira: el frío aprieta escandalosamente y á las fibras del corazón les pasa lo que á todas las otras: se hielan con estas bajas de la temperatura. Si no fuera porque falta todavía un poco para que la gente salga del teatro y eso no puede desperdiciarse, me iría á casa á cenar y luego á acostarme. ¡Qué bien se estará hoy entre sábanas! Y lo que es mañana, por más que gruñía Quiteria, no me sacan de la cama antes de las diez... ó de las once. Con que esté entre doce y una en casa de mi corredor para que me compre las dos obligaciones del Norte, ya basta.

Señorito... un pobre cesante... con cinco hijos... ¡Oh! gracias, caballero... que Dios se lo premie...

¡Cáscaras!... ¡una peseta!... ¿si será filipina?... No; es del país, eminentemente española y de buena ley ¡Qué tipo más generoso y más barbián! Y no sé, pero me parece que esa cara la conozco yo... ¡Ah!

sí, ya caigo: es el gomoso aquel que va persiguiendo hace tiempo á la mujer del fotógrafo de la esquina. ¡Si será esa dádiva como una demostración de alegría por un triunfo conseguido sobre la virtud asediada!... Tendría gracia; de fijo que no yerro: los amantes felices son como los jugadores gananciosos: muy caritativos, mientras les dura la embriaguez de la victoria. ¡Pobre fotógrafo! casi lo siento... aunque no me haya dado nunca más allá de un perro chico.

¡Las doce ya!... ¿Pero qué hace esa gente, sin salir del teatro?... ¿Va á concluirse hoy la función como el otro día, á la una? No sé como el gobernador tolera semejante abuso: es verdaderamente escandaloso que á uno le obliguen á estar en la calle, en horas tan intempestivas y con un frío como este. Voy á llegarme despacito hasta la puerta y preguntar si hay todavía para mucho.

(Dos minutos después.)

Dice el portero que falta todavía un acto. Pues yo no espero más. Me estoy helando. Sin contar que, según parece, la comedia estrenada no quita maldita la cosa y que el público se aburre de lo lindo. Mala señal... para el autor y para mí. El espectador que sale fastidiado no da ni un céntimo. Es una observación que he hecho infinidad de veces y que no falla. El

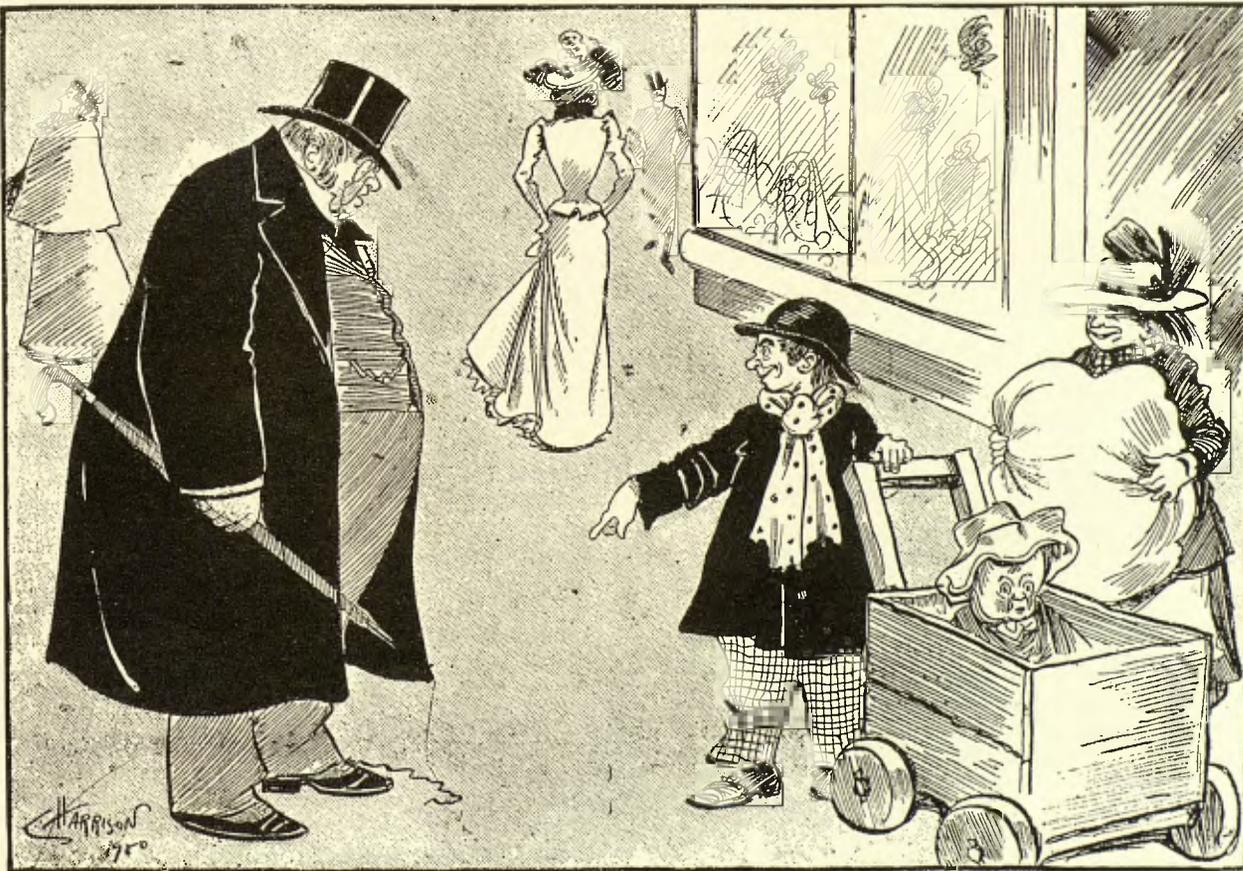
mendigo se resiente, por carambola, de la torpeza del literato: ¡una de tantas injusticias humanas!

Nada: me voy á mis lares, conforme diría el poeta que vive en el último piso de mi casa y á quien le valdría más pedir caridad al prójimo que inspiración á Apolo. Un día se lo aconsejé guiado por un mal entendido altruismo y se me puso hecho una fiera y me habló de su dignidad y de su título de licenciado en letras y de no sé qué más. ¡Imbécil! como si yo no tuviera dignidad también, y título asimismo; título de bachiller, que no me ha servido, á la verdad, de gran cosa; pero que al fin y al cabo, lo tengo. Entretanto es muy posible que ese orgulloso vate se haya acostado hoy sin cenar, mientras que á mí me espera una buena sopa de caldo y un estofadito que van á saberme á gloria.

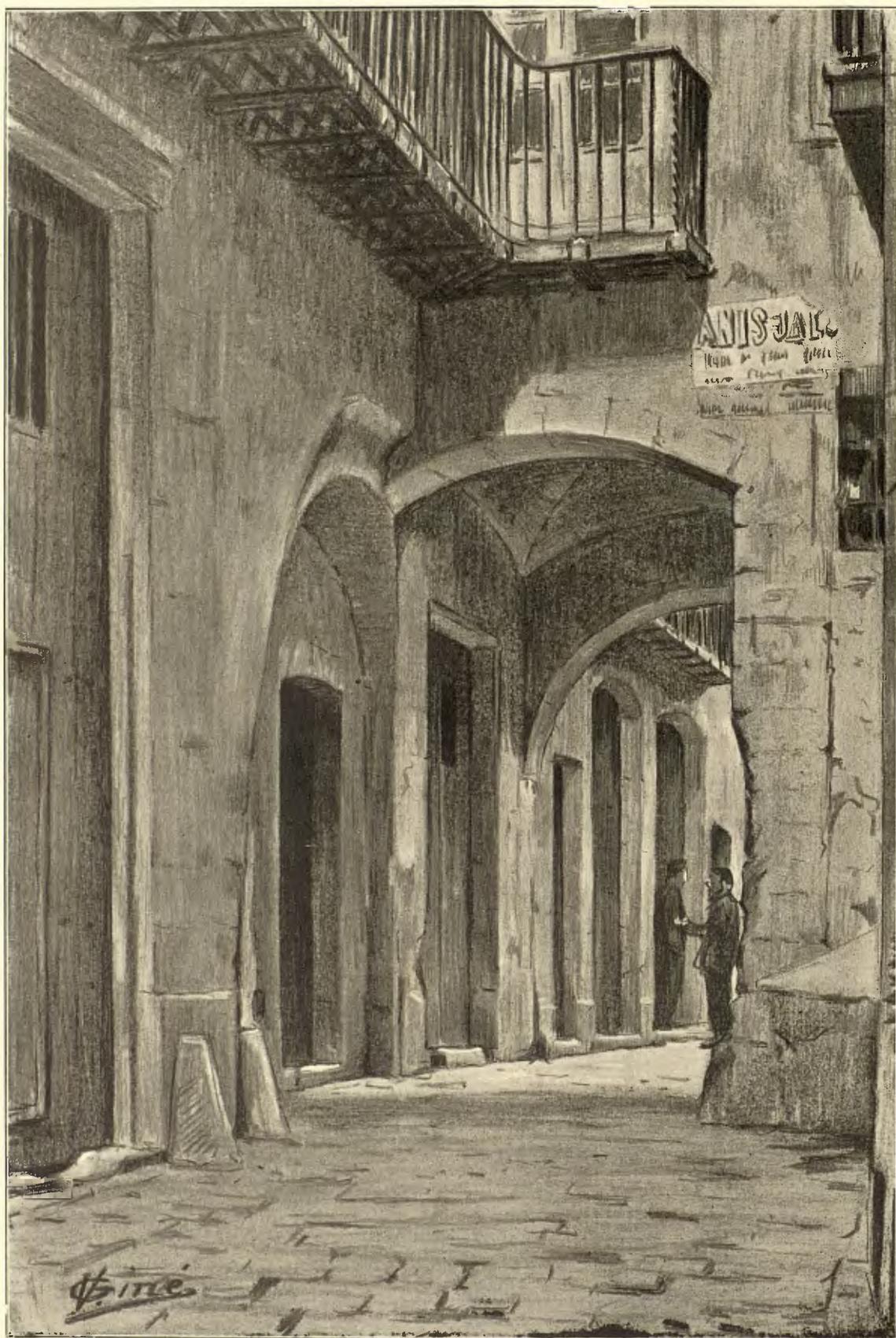
Caballero... tenga compasión de un pobre cesante con seis hijos... Gracias, señor, que el Todopoderoso se lo pague.

¡Bueno! otros diez céntimos, que con los demás colectados y la peseta de extraordinario, suman tres pesetas, sesenta céntimos. No ha sido muy fructífera la jornada, pero, en fin, peor habrá resultado para otros que no mendigan.

JUAN BUSCÓN



— Caballero, por una perra grande le hago á V. el lazo del zapato. No es posible que lo consiga V. solo.



BARCELONA ANTIGUA.—LA CALLE DE MANRESA



Señorita Dominguez

# LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

**A**L otro lado estaba el rey con Brunequilda la virgen. Cuando vió á Crimilda sentada al lado de Sigfrido, (nunca tuvo tanta pena) rompió á llorar; por sus blancas mejillas se veían caer las lágrimas.

El jefe del país le dijo: «¿Qué tenéis, mujer mía, que así se oscurece el brillo de vuestros ojos? Es menester que os alegréis; os están sometidos mi país, mis ricas ciudades y muchos hombres valientes.»

«Mejor quiero llorar» contestó la hermosa joven. «Vuestra hermana es la causa de que yo tenga el corazón traspasado de este modo. La veo sentada al lado de un siervo vuestro y me apena que se haya rebajado tanto.»

Así le contestó el rey Gunter: «Guarda silencio; en otra ocasión te diré por que yo he dado mi hermana á Sigfrido. Así pueda pasar la vida siempre feliz al lado de ese guerrero.»

Ella replicó: «Yo lo sentiré siempre por su belleza y por su virtud. Si supiera donde ir, huiría con gusto y jamás me sentaría á vuestro lado, hasta que me dijerais por que Sigfrido es el esposo de Crimilda.»

El rey Gunter le dijo: «Os lo diré enseguida: él tiene muchas ciudades como yo y muchos campos. Debes creer lo que te digo, él es un rey poderoso: por esto le he dado por esposa la bella y virtuosa joven.»

Por mucho que el rey le dijo, siempre permaneció de humor sombrío. Muchos buenos caballeros abandonaron sus sillas. Los juegos de armas siguieron de una manera tan ruda, que se percibían en toda la ciudad. Sin embargo, el rey estaba disgustado al lado de sus huéspedes.

Él pensaba: «Mejor estaría yo al lado de mi hermosa mujer.» Tenía en su corazón la esperanza de que ella le pagaría bien su amorosa deuda.

Se rogó á los huéspedes que pusieran fin al torneo: el rey deseaba retirarse con su esposa. En la escalera del salón se encontraron Crimilda y Brunequilda. Todavía entre ellas no había ningún odio.

Los dos héroes llegaron á sus aposentos. Cada cual pensaba vencer con el amor á su mujer encantadora: pensar así les era muy dulce. El placer de Sigfrido fué completo y sin tasa.

Cuando el héroe Sigfrido estuvo al lado de Crimilda, le ofreció á la

joven su noble amor y se hizo como su propia vida: lo merecía muy bien, porque era rica en virtudes.

No os diré lo que hizo con su mujer: os contaré lo que sucedió al rey Gunter con su esposa Brunequilda. Muchos héroes se han encontrado en más dulce fiesta con otras mujeres.

Se apresuró á cerrar la puerta confiando que ganaría su voluntad: pero aún no había llegado el momento en que debía ser su esposa.

El noble rey tenía la luz en la mano. Después el atrevido héroe se aproximó á su joven mujer: colocóse á su lado; grande era su alegría y estrechó entre sus brazos á la hermosa.

Muchas amorosas caricias le hubiera prodigado, si su mujer lo permitiera, pero se irritó de tal modo que él se asustó. Esperaba hallar felicidad y no encontraba más que rencoroso odio.

Ella dijo: «Noble caballero, renunciad á vuestros proyectos: lo que pensáis no se realizará jamás. Nada lograréis, señor rey, hasta tanto que sepa el secreto que os he preguntado.» Gunter la comenzó á odiar.

Quiso conseguir su amor por la fuerza. La poderosa joven tomó un galon muy fuerte con el que le ciñó las caderas, é hizo experimentar al rey grandes dolores.

Le amarró los pies y las manos y levantándolo luego, lo colgó de un clavo que se hallaba en un muro, para que no pudiera turbar su sueño; le prohibió tocarla y su fuerza era tan grande que temió verse muerto.

El que debía ser su dueño, la comenzó á rogar: «Quitame estas ligaduras, noble mujer mía. Nunca intentaré venceros, hermosa señora, y ni aún intentaré acercarme á vuestro lado.»

Ella manifestaba cuidarse muy poco del modo como se encontraba y pasó la noche muellamente acostada. Él permaneció colgado toda la noche, hasta la mañana siguiente en que la luz vino á entrar por la ventana.

«Decidme, Sr. Gunter, ¿no os disgustaría, le preguntó la bella joven, que vuestros camareros os encontraran amarrado de ese modo, por las manos de una mujer?» El noble caballero le respondió: «Esto mismo no os haría honor.

»Pero confieso que



no me haría favor á mí tampoco: en nombre de vuestra virtud y de vuestra bondad, dejad que me acerque á vos y ya que tanto os incomoda mi afección, mi mano no tocará ni aun vuestros vestidos.»

Inmediatamente le quitó las ligaduras y el rey quedó libre; se acostó en el lecho en que estaba su mujer. Pero se mantenía tan distante, que ni aun siquiera tocaba su ropa: ella tampoco quería que sucediera.

Llegaron los de su servidumbre trayéndoles nuevos adornos, de los que habían preparado gran número, para aquella mañana nupcial. Todos estaban alegres, pero el jefe del país permanecía de humor sombrío y la alegría de los demás le hacía daño.

Según las costumbres del país, que siguieron exactamente, Gunter y Brunequilda no tardaron en ir á la catedral, donde se cantó una misa. El señor Sigfrido hizo lo mismo.

Allí recibieron los honores reales que les correspondían: el manto y la corona. Cuando los cuatro estuvieron bendecidos, admiraron su bella presencia con la corona ceñida.

Desde las ventanas los miraban las hermosas jóvenes, viendo relucir á lo lejos sus brillantes escudos. El rey sin embargo se mantenía separado de los suyos.

Su humor y el de Sigfrido eran bien diferentes. El noble caballero sabía la causa de la pena del rey, pero se le acercó y le dijo: «¿Qué os ha sucedido esta noche? contádmelo.»

El jefe respondió á su huésped: «El deshonor y la vergüenza se han introducido en mi casa con esta mujer. ¡Cuando la he querido hacer el amor, me ha amarrado fuertemente! Después, levantándose, me ha colgado de un clavo que había en el muro.

»Lleno de angustia, he permanecido allí toda la noche, hasta que fué de día. ¡Solo entónces, fué cuando me desató! Te lo digo en secreto, como á un amigo fiel.» El fuerte Sigfrido, le respondió: «Esto me aflige mucho.

»Pero yo te haré dueño de ella; cesa en tu cólera. Yo haré que esta noche permanezca á tu lado y en adelante nunca te negará su amor.» Estas palabras aliviaron un tanto la pena del héroe.

«Ahora mira mis manos como están hinchadas: ella me ha domeñado como si fuera un niño, la sangre brotaba de mis uñas; creí que me haría perder la vida.»

El fuerte Sigfrido le dijo: «No temas nada. La noche de uno y otro no ha sido igual. Tu hermana es amada de mí como mi propio cuerpo! Es menester que hoy mismo Brunequilda quede hecha tu mujer.

»Cuando salga su

camarera penetraré en su cámara favorecido por mi Tarnkappa, de modo que nadie pueda advertir el engaño. Deja que las camareras se vayan á sus dormitorios.

»En las manos de los niños apagaré las luces: esta será la señal de que estoy allí para prestarte ayuda. Yo la obligaré á que sea tu esposa, á que te otorgue su amor, ó perderé la vida.»

«Con tal de que no solicites su amor», le respondió el rey «haz lo que quieras de mi querida esposa. Por lo demás quedaré satisfecho; aun cuando tuvieras que arrancarle la vida, consentiría también: es una terrible mujer.»

«Te prometo», dijo Sigfrido, «por mi fe, de no solicitar su amor; tu hermana amada, es preferible para mí á todas las mujeres que he visto.» Sin ninguna sospecha más, Gunter, creyó lo que Sigfrido le decía.

Los caballos y las gentes salieron del patio; cada una de las dos princesas era conducida por un obispo al dirigirse á la mesa del rey. Después de ellas, iban los galantes caballeros.

El rey se hallaba sentado al lado de su esposa: de continuo pensaba en lo que Sigfrido le había prometido.

Gran trabajo le costó esperar á que quitaran la mesa. La hermosa Brunequilda fué llevada á su aposento y Crimilda al suyo.

El héroe Sigfrido estaba sentado amorosamente con su encantadora mujer y su alegría era grande. Ella con sus blancas manos, acariciaba las de él, cuando de repente desapareció de ante sus ojos sin que supiera á donde había ido.

Charlaban juntos y de repente dejó de verlo; la reina dijo á los de su acompañamiento: «Esto es un prodigio, ¿á dónde puede haber ido el rey? ¿Quién ha podido de este modo retirar sus manos de entre las mías?»

Después dejó de hablar. Él fué á donde estaban las camareras con las luces encendidas y las apagó en las manos de ellas; Gunter comprendió enseguida que Sigfrido estaba allí.

Ya sabía lo que iba á suceder é hizo salir á las damas y á las doncellas. Cuando hubieron salido, el noble rey fué por sí mismo á cerrar la puerta, pasándole dos fortísimos cerrojos.

Sigfrido se colocó al lado de la reina. Ella le dijo: «Gunter, cualesquiera que sean vuestros deseos, permaneced quieto sino queréis sufrir de nuevo pena y dolor, ó de lo contrario, mis manos sabrán castigaros.»

Él retuvo su voz y no habló ni una palabra. Por más que el rey Gunter no los veía, sabía que entre ellos no pasaba nada misterioso. Poco les quedaba que reposar en aquel lecho.

Fingiéndose que era el rico rey Gunter, estrechó en sus brazos á la amorosa joven. Ella lo rechazó contra un banco que estaba cerca, dando con tal fuerza, que resonó su cabeza.

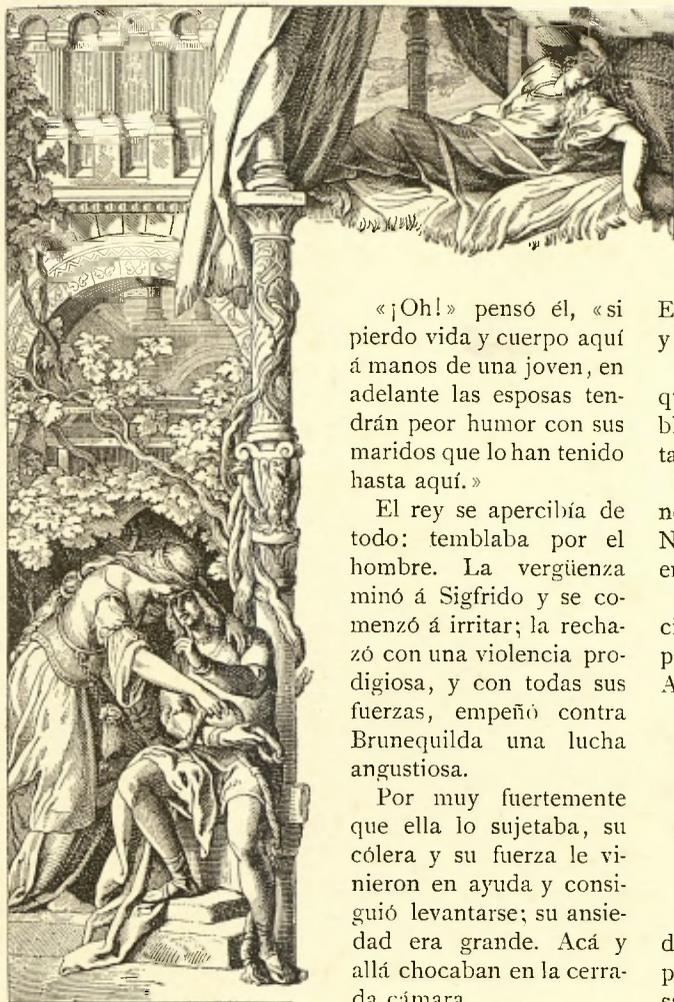
Con doble fuerza, el hombre atrevido se levantó de un salto; quería intentar algo otra vez, pero le salió mal la nueva prueba. Pienso que jamás una mujer se defendió de una manera tan vigorosa.

Como no quería retirarse, la joven le dijo: «No os está permitido desgarrar mis vestiduras. Soís muy audaz; os sucederá una desgracia.»

Cogió entre sus brazos al valiente héroe y quiso amarrarlo, como había hecho con el rey, para poder quedar tranquila en el lecho. Deseaba una horrible venganza del que había roto su túnica!

¿De qué le servía su fuerza contra tan gran poder? Ella arrojó al héroe con gran violencia, él apenas la podía resistir, y lo estrechó sin piedad contra un cofre, cerca del lecho.





«¡Oh!» pensó él, «si pierdo vida y cuerpo aquí á manos de una joven, en adelante las esposas tendrán peor humor con sus maridos que lo han tenido hasta aquí.»

El rey se apercibía de todo: temblaba por el hombre. La vergüenza minó á Sigfrido y se comenzó á irritar; la rechazó con una violencia prodigiosa, y con todas sus fuerzas, empeñó contra Brunequilda una lucha angustiosa.

Por muy fuertemente que ella lo sujetaba, su cólera y su fuerza le vinieron en ayuda y consiguió levantarse; su ansiedad era grande. Acá y allá chocaban en la cerrada cámara.

También el rey Gunter experimentaba gran ansiedad; y á cada momento tenía que quitarse de un lado y de otro. Lucharon de un modo tan violento, que maravilla pensar como salieron sanos y salvos.

El rey Gunter gemía por la desgracia de ambos, pero más temía la muerte de Sigfrido. Ella casi le había arrancado la vida al guerrero; de poder, hubiera acudido en su ayuda.

Larga fué la furiosa lucha entre ambos; por fin consiguió acercarse á la joven al borde del lecho; por grandes que fueran, sus fuerzas comenzaron á agotarse. Gunter en su cuidado tenía muchos pensamientos.

Largo le pareció el tiempo al rey, antes de que Sigfrido la venciera. Ella le apretó las manos con una violencia tan grande, que la sangre le salía por las uñas; aquello era un dolor para el héroe. Sin embargo, pudo obligar á la vigorosa joven á que cambiara la voluntad que hasta entonces había tenido. El rey lo escuchaba todo, aunque no decía nada. Él la estrechó contra el lecho hasta hacerle lanzar agudos gritos. El fuerte Sigfrido le hacía mucho daño.

Llevó sus manos al lado para coger el cinturón y amarrarlo, pero él la rechazó con tanta furia, que sus miembros y su cuerpo crujieron con violencia. La lucha tuvo fin; ella fué mujer de Gunter.

Le dijo: «Noble rey, no me quites la vida: perdona el daño que te he hecho; nunca más me defenderé contra tu amor; ya sé demasiado como puedes hacerte dueño de las mujeres.»

Sigfrido dejó á la joven y se retiró como si fuera á desnudarse. Él le tomó del dedo un anillo de oro, sin que la noble reina se apercibiera de ello.

También le quitó su cinturón hecho de un tejido muy bueno; yo no sé si lo hizo por orgullo. Lo regaló á su esposa y después fué causa de su desgracia. El rey y la hermosa joven permanecieron uno al lado del otro.

El trató á su mujer con ternura, como convenía á los dos: ella se vió obligada á renunciar á su cólera y á su pudor.

Así permaneció él poseído de un tierno cariño junto á su esposa, hasta que el día derramó sus luces! El señor Sigfrido había entrado también en su aposento y fué muy bien recibido por su esposa.

El jefe estaba á la mañana siguiente de mejor humor que los días anteriores: su contento alegró á muchos nobles hombres de otros países. Á todos los que había invitado á su corte les dió regalos.

La boda duró catorce días y durante todo aquel tiempo, no cesaron las diversiones á que se entregaba cada cual. No pueden apreciarse las riquezas que el rey distribuyó en aquella ocasión.

Antes que los ricos regalos quedaran distribuidos, pareció el tiempo largo á los que tenían deseos de volver á su país. Nunca hubo compañeros de armas mejor tratados. Así tuvieron fin las fiestas; muchos guerreros partieron.

## XI

### DE COMO SIGFRIDO VOLVIÓ Á SU PAÍS EN COMPAÑÍA DE SU ESPOSA

Cuando los huéspedes partieron, el hijo de Sigemundo dijo á los de su acompañamiento: «Nosotros debemos prepararnos para volver á nuestro país.» Cuando su esposa lo supo se alegró mucho.

Así dijo á su esposo: «¿Por qué acelerarnos? Mis hermanos deben partir estas tierras conmigo.» Pena causaron á Sigfrido estas palabras.

Los príncipes se acercaron á él y los tres le dijeron: «Sabed, señor Sigfrido, que estamos dispuestos á servirlos hasta la muerte.» Al escuchar este ofrecimiento, se inclinó ante los señores.

«Nosotros partiremos contigo» dijo el joven Geiselher, «los campos y las ciudades, que son nuestras, y todo lo que hay en este dilatado reino: con Crimilda tendrás parte de todo.»

Cuando Sigfrido, el hijo de Sigemundo, escuchó estas palabras y conoció la voluntad de los señores, dijo: «Dios os haga siempre dichosos á los tres; bastante tiene mi amada esposa.

»La parte que queréis darle no le es necesaria, porque ella llegará á ceñir corona, y si no perdemos la vida, será más poderosa que ninguna reina del mundo. Para todo lo demás que queráis, estaré siempre á vuestras órdenes.»

Entonces dijo Crimilda: «Si no queréis nada de mi reino, los guerreros Borgoñones no tienen tan poca importancia. Cualquiera rey puede llevarlos con orgullo á su país. Quiero que de ellos nos den una parte mis amados hermanos.»

El rey Gernot dijo: «Escoge los que quieras. Muchos hay aquí que querrán ir contigo. Entre tres mil guerreros toma mil hombres, para que te acompañen.» Crimilda envió enseguida á preguntar á Hagen de Troneja y á Ortevein si ellos ó sus parientes querían ir con Crimilda.

(CONTINUARÁ)

COLECCION DE TARJETAS POSTALES publicadas por la casa HERMENEGILDO MIRALLES

